

Experiencias de una joven en el Parlamento

—» **MARIALBERT BARRIOS**

Licenciada de Estudios Internacionales. Diputada a la Asamblea Nacional de Venezuela (2016-2021), hasta ahora la mujer más joven en la historia del Parlamento venezolano. Líder de las parroquias más populosas del oeste de Caracas.

Estamos en el año 2017 y pareciera que hubo un hito que marcó el curso de mi historia. Antes de hablarles de las experiencias, las oportunidades, los riesgos y los aprendizajes vividos desde el Parlamento venezolano, debo contarles en breves líneas, y con obligatoriedad, lo que significó ser candidata a la Asamblea Nacional.

Recuerdo el mes de agosto de 2015. Tan solo habían pasado seis semanas desde que Tomás Guanipa, secretario

general del partido Primero Justicia, había empezado su campaña como candidato por Caracas y yo era más o menos su «coordinadora de giras». Llegamos a una reunión de estrategia, luego de un volanteo en la estación de metro de Caricuao —el segundo intento, porque del primero salimos amenazados por unos hombres armados simpatizantes del régimen—. Se incorporó el coordinador de Caracas, dirigió una reunión de cuarenta y me llamó al otro lado del salón. Sin buenos días, sin preámbulos ni sonrisas, comenzó y cerró: «Eres la candidata de Catia y te toca trabajar duro». Mis adversarios eran el exalcalde de Caracas, Freddy Bernal, y el exjefe de Gobierno de la capital, Ernesto Villegas. Así terminó el mes agosto y comenzó mi campaña electoral.

Los cuatro meses siguientes debo resumirlos como la aventura más gratificante que puede vivir una joven de 24 años, con vocación de servicio y sin prejuicios. Fueron días de veinte horas de trabajo. Empezaban con un volanteo en alguna estación de metro, seguían con un recorrido por algún mercado, luego un encuentro puntual, se visitaba casa por casa alguna zona, posteriormente asistía a conversatorios o asambleas y terminaba con una cena con mi equipo para hacer el balance de la jornada. Así transcurrieron 95 días, una que otra entrevista en radio o televisión, riesgos por ser perseguidos, miedos, altos y bajos del equipo, entre las caras tristes de los seres que cada día comían menos, a los que nunca les alcanzaba el dinero, que rezaban para que sus hijos llegaran con vida a sus hogares, viendo a la mujer que vivía

en una casa que se le caía encima y al hombre de barrio que, sentado, desde la acera miraba el cielo buscando un poco de esperanza. Así viví. Entre una anunciada derrota y una inesperada victoria.

«Sin buenos días, sin preámbulos ni sonrisas, comenzó y cerró: «Eres la candidata de Catia y te toca trabajar duro»»

El 6 de diciembre de 2015, el día de la elección, lo tenía todo: un equipo, una familia, salud —había llegado viva al día de la elección, que ya era bastante—, me sentía segura de mí misma y del trabajo que habíamos hecho: organización en defensa del voto, recorridos por todas las zonas del circuito y el contacto con la gente tratando de devolverle la fe en un futuro mejor y posible. A las siete de la mañana ya recorría más de 180 centros de votación de Catia, la parroquia más *chavista* hasta el momento. Más de 16 horas después, luego de ir del centro de totalización a las mesas de aquel *patio* para atender a mis defensores del voto, me llamaron: «¡Ganaste, negrita!». Desde ese momento mi vida cambió.

Un mes después, el 5 de enero, me enrumbaba al Palacio Federal Legislativo, la Asamblea Nacional. Sentía un enorme peso sobre mis hombros: 361.000 electores habían confiado en ser representados por una joven de 25 años, crecida en un sector popular, con una carrera en Estudios Internacionales y una maestría en proceso. Llegó la primera señal: «No son 100 metros planos;



Marcha en Caracas

es una carrera de largo aliento», me dijo alguien cercano.

Supé en los primeros meses que aquel año era de aprendizaje, pero entenderlo y ejercerlo era otra cosa. En el Parlamento debes tener muy claro algunos asuntos fundamentales: el reglamento de interior y de debates, que la comisión es el verdadero espacio para desarrollar un discurso, aprender de los más viejos y crecer con los más jóvenes, y la más importante de todas: no olvides a la gente que te eligió.

Mi primer discurso, de las cuatro intervenciones que hasta hoy he tenido en la Cámara de Diputados, fue el mejor. Ahí pude mostrar lo que soy y mi compromiso con los sectores que me eligieron. Un político siempre debe tener presente de dónde viene y a las personas que representa. Es a ellas a quienes nos debemos, a quienes servimos; si no, esta carrera no tendría sentido.

Aunque existe una oficina parlamentaria, no debes estar mucho tiempo entre cuatro paredes. Tu verdadera acción está en la calle, escuchando a los más necesitados, acompañando al que padece, ofreciéndote como garantía de que

las cosas pueden estar mejor. Mi caso es particular. Mis electores sufren los males de la negligencia de un gobierno que ha permanecido por 18 años y que le ha negado a la población sus derechos más elementales, como la alimentación, el acceso a un sistema de salud, la libertad de expresión, el libre tránsito, el ejercicio del voto y una vida digna.

Muchas veces te preguntan: «¿Sabes para qué te eligió el pueblo?». Pues, en este capítulo, en este momento de la historia, la respuesta no es precisamente «para legislar». Entiendes que la representación ejercida está estrechamente vinculada al deseo de la mayoría: *un cambio*, pero uno de verdad. Y ¿qué estás haciendo? Aquí la verdadera experiencia.

Un joven es el verdadero sinónimo de cambio y rebelión. Es la figura que llena de esperanza los ojos de los más adultos y llena de curiosidad los pensamientos de sus pares. Un joven debe desenvolverse entre la experiencia de sus maestros, los traspíes en las calles, las lecturas, la formación académica, el ejercicio, el aprender y el triunfar con humildad.

La Asamblea Nacional, donde me ha tocado ejercer mi primer cargo de elección popular, ha sido la más golpeada en la historia de Venezuela. Una Asamblea donde los ministros no se presentan a rendir cuentas, cuyo mayor enemigo es el vejado Tribunal Supremo de Justicia, mientras el Gobierno se sienta en sus cómodas sillas en salones de buena apariencia para planificar el secuestro del presupuesto de la nación, la detención arbitraria de algún dirigente político, la burla a la inmunidad parlamentaria e inhabilita el ejercicio representativo y participativo de la ciudadanía.

Esa Asamblea Nacional está conformada hoy en día por 109 diputados, centenares de trabajadores de larga data, un equipo de jóvenes como personal técnico que tras bastidores estructuran las agendas, los temas y la puesta en escena de cada diputado de cada fracción. Del otro lado, tiene unas 50 sillas vacías, esas donde deberían sentarse los que ostentan el poder y que decidieron darle una razón más al pueblo para afirmar que son *ellos*, el Gobierno, los rojos, los que andan con escoltas y carros blindados, los que no quieren dar la cara porque no tienen nada más que ofrecerle al país.

Los claroscuros de mi corta, muy corta, experiencia en la Asamblea Nacional pueden mostrarse en el contexto que trato de desarrollar en estas líneas; sin embargo, para mí han significado cursar otra carrera universitaria que transcurre rápidamente y que, como todo, hay que saber aprovechar. Este espacio me ha permitido conocer aún más de la historia del país, la historia



Diputada Marialbert Barrios

del Congreso y de líderes políticos que han construido un camino que hoy nos toca a los jóvenes transitar y continuar. El Parlamento es una casa de estudios, donde aprendes de otros mundos, de las personalidades, de leyes, pero sobre todo aprendes a tomar una gran responsabilidad y un enorme compromiso.

« Ser joven, político y parlamentario es el desafío más grande que puede tener aquel que vive en un país donde el Gobierno arrebató oportunidades y no da garantías de una vida digna »

Ser joven, político y parlamentario es el desafío más grande que puede tener aquel que vive en un país donde el Gobierno arrebató oportunidades y no da garantías de una vida digna. Asumir este reto es poner al servicio del país las ganas de trabajar, la rebeldía y la fuerza para construir una realidad donde se pueda convivir en democracia, libertad, justicia y paz.